

## 04. Aquella tarde dorada

Gabriel Deledda



## Capítulo 1

Cada verano, sin excepción posible, Humberto Cárdenas escogía una fecha al azar en el calendario y la marcaba con un grueso rotulador de color rojo. Ese día mandaba a abrir los portones de su propiedad, una de las más grandes de todo el pueblo (según el alcalde y otros hombres de gran conocimiento), así como las puertas y ventanas de su casa, que se alzaba imponente, mayestática, justo en el centro de un bosque de tiernos abedules. También mandaba a organizar un almuerzo pantagruélico (un derroche de carne, fruta y vino), y encomendaba a un muchacho la misión de divulgar la noticia con un megáfono desde un punto estratégico de la Plaza Central. Todos los habitantes del pueblo acudían sin demora, complacidos. Se sentaban a comer y a beber con gusto, narraban historias sentimentales, y comentaban con cierta ligereza los últimos estragos de la naturaleza y los últimos desastres del sistema político vigente.

Humberto presidía esos festines desde la cabecera de la mesa, cumpliendo con su papel de miembro conspicuo de la comunidad. Era un señor alto y bastante corpulento, como casi todos los hombres de su familia, y sus espesas cejas conferían a su rostro una elegancia que a ninguna mujer dejaba indiferente, pero había cumplido ya los cincuenta años y no tenía la misma energía que antes. Noelia, su mujer, lo secundaba en sus planes y lo acompañaba en la mesa con una sonrisa radiante y con un vaso de whisky siempre dispuesto entre las manos. Su experiencia como actriz de teatro —y en especial su larga experiencia interpretando a la protagonista de *La señorita Julia* en un montaje más o menos decente que se exhibió con éxito durante un año en el Gran Teatro Nacional— le había enseñado a ser extremadamente comprensiva con las debilidades humanas, y tal vez por eso era capaz de tolerar las murmuraciones que su manera de ser suscitaba. De ella, en efecto, se decían muchas cosas desagradables. Algunos decían que una terrible enfermedad —que nadie sabía nombrar o explicar— le impedía llevar una vida normal de mujer adulta. Otros decían que simplemente estaba loca, loca como una cabra o loca de atar, y que su marido, santo varón de Dios, hombre católico, recto, responsable y de buena conciencia, hacía denodados esfuerzos por mantener esa locura a raya, bajo una carcasa de aparente sensatez y normalidad.

Ese año, por algún motivo, la multitudinaria reunión había concluido un poco más tarde que de costumbre. A las cinco y treinta de la tarde ya no quedaba un solo invitado merodeando dentro de la propiedad, pero el descomunal desorden de flores, de globos, de serpentinas y de platos sucios que había en el huerto, en los jardines y hasta dentro de la casa, tardaría algunos días —cuando no una semana entera— en desaparecer por completo. Las muchachas del servicio doméstico, todas jóvenes y hacendosas, ya habían empezado a trajinar con las escobas, con los estropajos polvorientos, con las montañas de platos y cubiertos que

esperaban por ellas en el fregadero grande del patio. Berta, la mujer que hacía las veces de cocinera y de ama de llaves, supervisaba con el rabillo del ojo todas esas operaciones, sin mostrar señales de fatiga.

A esa misma hora, Humberto y Noelia descansaban de todo el ajetreo en la terraza de mejor vista de toda la casa, recostados a la bartola sobre unas perezosas de madera blanca. A un costado, sobre una mesa alta y de patas combadas, había una jarra grande de limonada bien fría, con pequeños cubos de hielo flotando en la superficie. En el suelo, el nuevo perro de Humberto descansaba de toda la actividad del día: enorme, de patas muy largas y gruesas, y con una mandíbula a prueba de ladrones, se asemejaba a un San Bernardo, aunque poseía también características de otras razas.

—¿Y ahora en qué piensas? —preguntó Humberto.

—Pienso en que tu madre murió dentro de esta casa —respondió Noelia, turbada, poniéndose de pie. Ese tipo de comentarios eran usuales en ella.

Al levantar la mirada sólo por un instante, Humberto vio a su mujer acodada en la baranda. Como una adolescente, ella observaba con melancolía ese enorme paisaje que los rodeaba irremisiblemente: árboles, maizales, senderos de tierra y lodo, campesinos trabajando la tierra y mujeres llevando cántaros de agua sobre la cabeza.

—También mi padre y mis abuelos —dijo Humberto—. Toda mi familia...

—Eso es todavía peor. ¿No te das cuenta?

—Pero cuando nos casamos te propuse que compráramos una casa. Una que fuera sólo nuestra. Pero dijiste que no, que te gustaba este lugar.

—Lo recuerdo bien —dijo Noelia, cada vez más distraída.

En la noche, Humberto se encontraba recostado encima de su cama contemplando el cielorraso de su habitación; Noelia estaba a su lado, inmóvil como una estatua de cera, cubierta hasta el cuello con la frazada. Por lo general, era él quien caía dormido casi al instante, anestesiado por el cansancio y por las muchas preocupaciones, y era ella quien permanecía atenta al zumbido del tiempo y a la actividad invisible de los fantasmas, casi se diría que aterrorizada por las voces que inundaban la habitación. Él estaba enterado de todo eso y de muchas cosas más; pero nunca había movido un dedo por remediarlo, en parte porque siempre andaba muy ocupado. Era ingeniero agrónomo, y a menudo se veía en la obligación de viajar por todo el país. Su último gran proyecto había consistido en renovar las técnicas de cultivo de tomate en una recóndita provincia de la sierra. En aquel inhóspito paraje, el hongo conocido como Tizón Tardío —no recordaba ahora con exactitud el nombre científico—

había provocado grandes estragos en la productividad y, por consiguiente, en la frágil economía de los habitantes. Fue de regreso de ese viaje, justamente, que comenzó a percibir ciertos cambios en el comportamiento cotidiano de su esposa. Él la conocía bien, y estaba enterado de sus depresiones, de sus antecedentes familiares, de su prima esquizofrénica que murió sola en un manicomio de la ciudad, de su fallido intento de suicidio en plena adolescencia, pero aun así se mostró sorprendido cuando la encontró un día tejiendo unos pequeños calcetines azules. Unos calcetines de niño. Al interrogarla al respecto, ella le respondió que eran para el hijo recién nacido de Rafael, el hombre que se encargaba de hacer el mantenimiento al huerto y a los jardines de toda la propiedad. Él le creyó, por supuesto; no tenía un motivo para no creerle. Por lo que sabía, Rafael y su esposa acababan de ser padres por tercera vez (de un niño sano y gritón), y todos los niños del mundo necesitaban calcetines.

Poco a poco, el sueño y el cansancio lo fueron venciendo. Antes de cerrar los ojos por completo, se fijó en el despertador que descansaba sobre la mesa de noche. Eran las dos de la mañana del domingo. El ruido exterior, el del viento zarandeando las hojas de los árboles, había terminado ya de extinguirse. Dentro de la casa —y era una casa muy grande, con muchos salones y habitaciones— imperaba el silencio más impenetrable y más extraño, como si nadie la hubiera habitado nunca.

A eso de las tres y media, se levantó para orinar. El médico le había dicho que por nada del mundo tratara de contenerse, porque eso era fatal para la vejiga. Los hombres de su edad debían cuidarse hasta de sí mismos, al parecer. Llegó dando tumbos hasta el baño, y se bajó el pantalón de la pijama hasta las rodillas para no mancharlo con orina. Cuando retornó a su habitación, se dio cuenta de que Noelia no estaba. La cama apareció vacía, desolada, ante sus ojos. Un vaso de agua y una píldora azul descansaban, inertes, sobre la mesa de noche que le correspondía a Noelia.

Salió al pasillo, tanteando con las manos en la terrible oscuridad. Estaba descalzo, y eso también era bastante nocivo para las personas de su edad. Varias puertas cerradas flanqueaban ese pasillo. Puertas grandes, de cedro o de estaño, que comunicaban en su mayoría con habitaciones vacías, con viejos salones que alguna vez habían servido para concretar grandes negocios o para recibir a ilustres invitados.

La última habitación del pasillo era la de Rodrigo.

—¿Noelia? —preguntó Humberto, aterrorizado, haciendo apenas un leve contacto con sus nudillos en la puerta—. ¿Estás ahí?

\*

Uno de los pasatiempos más originales de Noelia consistía en ir a sentarse a la estación del tren, en una de esas incómodas bancas que se alineaban bajo la marquesina. Lo hacía con el único propósito de observar el paso de los trenes, aunque era evidente —por su mirada anhelante y siempre llena de esperanza— que esperaba encontrarse con algún conocido o amigo. Sus ojos azules se fijaban, con insistencia, en cada nueva persona que bajaba por el pescante acarreando maletas. Casi siempre iba acompañada por la señora Berta o por alguna de las muchachas del servicio doméstico.

—Él no te puede escuchar —dijo Humberto.

Ese día le había tocado a él acompañar a su esposa. No se trataba de una tarea que le resultase placentera o, por lo menos, entretenida.

—¿Cómo dices? —inquirió Noelia, desconcertada.

—Que él no te puede escuchar —repitió Humberto—. El joven ése, el de la maleta azul. Está demasiado lejos. ¿Lo conoces de algún lado?

Noelia movió la cabeza, en señal de negativa.

Ya cuando el tren había reanudado su marcha, Humberto tosió dos veces y se sacó un pañuelo del bolsillo para secarse la frente. Noelia le dijo que debían regresar a casa cuanto antes, porque se había olvidado de llenar el plato del perro con pienso. El pobre, por cierto, seguía sin contar con un mísero nombre. Llevaba dos o tres meses en la casa, correteando a través del huerto y de los jardines y haciendo mucho ruido de noche, pero aun así nadie se había acordado de bautizarlo o de ponerle un collar.

Se acercaron a la camioneta, que estaba estacionada junto a los rieles del tren. Un pájaro blanco se había cagado sobre el parabrisas. Humberto lo ahuyentó a manotazos, pero ya era demasiado tarde. Noelia hizo un gesto como de repugnancia y miró al cielo, algo distraída. Humberto usó el pañuelo para limpiar la caca del parabrisas, y enseguida lo arrojó entre unos arbustos que encontró cerca de la carretera.

—He estado pensando en algo —dijo Noelia. Su voz se mezclaba con el sonido que hacían las llantas sobre el pavimento—. ¿Por qué no mandamos a hacer una piscina en el patio, o cerca del patio? Sería bueno para los niños...

—¿De qué niños estás hablando?

—De los nietos de Berta, por ejemplo. Ellos vienen a veces a la casa y está haciendo calor, y yo sé que a ellos les encantaría tener donde

bañarse.

Humberto emitió un chasquido con los labios.

—Yo aprecio mucho a Berta —dijo, con ambas manos sobre el volante—. En serio que sí. Pero no voy a construir una piscina sólo para sus nietos. Además, ya tuvimos una piscina en la casa, cerca del patio y del jardín. ¿Acaso no lo recuerdas?

—No lo recuerdo.

—Eso no me lo creo. Es imposible que no te acuerdes...

—Te estoy diciendo que no —dijo Noelia.

En vez seguir insistiendo, Humberto desvió la camioneta hacia una avenida ancha y llena de árboles muy frondosos. A pocas cuadras de allí, el Cementerio Católico Nueva Fe se alzaba como un bosque de borrosas lápidas y de imponentes mausoleos sobre una colina polvorienta. Los pájaros revoloteaban alrededor de las lápidas, y se juntaban en el suelo a picotear migajas de pan que algunos ancianos arrojaban.

Todas las casas de esa zona eran distintas a las del resto del pueblo. Permanecían como envueltas en un aura fantasmagórica, y despedían un perfume a flores podridas y a carne chamuscada. Los jardines se entrelazaban, como las cuadrículadas líneas de un crucigrama, y se extendían hasta el otro lado de la colina.

Había un niño jugando solo cerca de una intersección entre dos jardines, pero no había ningún adulto vigilándolo. Era pequeño y delgado, de cabello claro, y tenía los ojos más azules y hermosos que Noelia hubiera visto jamás. A Humberto no le agradaban los niños demasiado, pero le hizo mucha gracia la imagen de ese pequeño arisco que jugaba a dominar una pelota de trapo con un solo pie.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Noelia.

Con ambas manos sobre el volante, Humberto observó el perfil de Noelia a través del espejo retrovisor. Resopló, hastiado.

—Noelia, tenemos que hablar. En estos últimos días he visto cosas extrañas en ti. Yo sé que ha sido difícil. Lo sé. Lo entiendo. Pero tienes que empezar a superarlo. Tienes que entender que Rodrigo está muerto desde hace varios años...

Noelia se llevó las manos a las orejas, apretando los ojos con gran

desesperación. No era nada que no hubiera hecho muchas veces antes.

—No, no lo recuerdo. No recuerdo nada. Nada.

—Por favor, Noelia —dijo Humberto—. Eres una mujer adulta, no una niña. Estás enferma, lo comprendo. Pero debes esforzarte por...

Aún quedaba un buen trecho de camino antes de llegar a casa. Pero Noelia decidió bajarse de la camioneta y continuar desde allí a pie. Se sentía confundida, desorientada, con los nervios a flor de piel, y lo último que quería era escuchar las recriminaciones de su marido. En momentos así, preferiría estar muerta.

—Esa actitud no te ayuda en nada —le gritó Humberto.

—¡Déjame en paz! —dijo Noelia.

Humberto comenzó a seguirla de cerca, luego de disminuir al mínimo la velocidad de la camioneta. Sacó una cajetilla de cigarros de un bolsillo de su camisa.

—Te voy a repetir lo mismo todas las veces que sean necesarias —insistió, ya con un cigarrillo en los labios—. No puedes seguir viviendo una fantasía.

Noelia se metió por un atajo, a través de los maizales. Mientras avanzaba entre las espigas enhiestas, entre los campesinos desarraigados y las sudorosas bestias de carga, su corazón empezó a latir con una fuerza descontrolada. Por sorprendente que sonara, era la primera vez que escapaba al permanente asedio de su marido.

Del otro lado de los maizales, desde un borroso sendero atochado de piedras y de ramas, Noelia logró divisar la silueta de su casa. Aliviada, volvió a caminar a toda prisa. En un descuido, tropezó con una piedra y cayó al suelo. Se raspó una rodilla, le brotó un hilo de sangre que descendió por su pierna hasta llegar a su tobillo, y las palmas de sus manos quedaron impregnadas hasta las uñas por el lodo. No recordaba haberse sentido nunca más tonta. Se levantó a duras penas, sacudiéndose energicamente la ropa. Varias mujeres pasaron caminando despacio junto a ella, encorvadas por el peso de sus niños en la espalda. Ella las miró, con repugnancia.

Con esfuerzo, renqueando, se abrió camino entre los abedules. Salió a recibirla el perro sin nombre, ladrando y moviéndose como un energúmeno. Ella prefirió ignorarlo, y se escabulló por entre los espesos arbustos que poblaban todo el jardín delantero. El huerto, que proveía de todo lo necesario para organizar los almuerzos más espléndidos de todo el pueblo y alrededores, lucía rebosante de vida. ¿Pero ella era el tipo de

mujer que se pasaba horas y horas horneando pasteles y haciendo mermelada de albaricoque, para después tener un pretexto con el que visitar a las amigas? A veces creía que sí, que era una mujer relajada y extrovertida, pero recordó de pronto que en realidad no tenía ninguna amiga cercana y que se pasaba los días y las noches oteando el inmenso paisaje desde la mejor terraza de su casa. La señora Berta le preparaba el desayuno, el almuerzo y la cena, y le acercaba la cuchara a la boca.

Noelia entró a la casa, al vestíbulo permanentemente iluminado. La luz de la tarde, que penetraba a través de los ventanales entreabiertos, había teñido cada mueble, cada objeto, cada espacio del suelo. Se quitó los zapatos para que no le estorbasen. La señora Berta apareció de pronto y le aconsejó que se los volviera a poner, porque los invitados ya andaban por toda la casa y por todo el jardín y por todo el patio. ¿Invitados? Ella le preguntó quiénes eran esos invitados. Algunas de las muchachas aparecieron también por la sala, llevando bandejas con copas de vino.

—¿Cómo que qué invitados, señora? —inquirió Berta, desconcertada—. Pues, sus amigos. Los de siempre. También está el señor Humberto, acaba de llegar y parece muy feliz por lo de Rodrigo. ¡Cómo quisiera yo que mis nietos ingresaran a la universidad y que se convirtieran en médicos! No sabe cómo la envidio, señora.

En ese instante, Noelia percibió el rumor de las múltiples conversaciones y de toda esa actividad que se estaba llevando a cabo en el jardín trasero. Eran voces de hombres y de mujeres, gritos de niños jugando contentos, sonidos que nacían siempre de manera espontánea gracias a la interacción entre seres humanos. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Otra fiesta? Humberto jamás habría permitido que se realizaran dos fiestas en la casa con tan poco tiempo de distancia entre una y otra. Sin prestar oídos al consejo de Berta, caminó descalza a través de la sala y lentamente se fue acercando a las puertas de vidrio que interconectaban a la casa con la zona del jardín y del patio. Lo que más la sorprendió fue descubrir, desde allí, que había una persona nadando dentro de la piscina. El rumor de unos chapotazos en el agua la obligó a seguir avanzando...

Como en otras ocasiones, Humberto esperó con paciencia a que Noelia retornara a su lado por propia voluntad. Se terminó ese primer cigarrillo, arrojó la colilla a la tierra y encendió otro, preguntándose cuánto tardaría ella antes de entrar en razón. Comenzó a preocuparse al cabo de media hora: ella nunca se había demorado tanto. Se bajó de la camioneta dejándose envolver por un pálpito sombrío, por el presentimiento de que las cosas siempre podían empeorar, y se detuvo un momento a otear el paisaje, haciéndose sombra con la palma de una mano. Ni rastro de Noelia dentro de ese montón de espigas que se bamboleaban con cada soplido del viento.



—Si está esperando a su esposa, sería mejor que no lo haga —le dijo de pronto un hombre que pasó caminando cerca de la carretera—. La señora se estaba yendo en esa dirección—. Señaló, con el dedo índice, hacia aquella zona en donde se alzaban las casas más grandes y los árboles más antiguos y frondosos.

Humberto no recordaba haberlo visto ni una sola vez en esos famosos festines que se celebraban todos los años en su casa, pero aun así decidió creerle.

—Muchas gracias por decirme.

—¡De nada, señor! ¡Para servirle!

Humberto llegó a casa poco después. Estacionó su camioneta en el pequeño garaje que había improvisado junto a la bodega de los granos y tubérculos. Se guardó las llaves en un bolsillo de su camisa, y entró a casa llamando a Noelia por su nombre, a los gritos, con una desesperación que le nacía desde lo más profundo. La señora Berta fue la única que reaccionó ante los gritos: salió de la cocina secándose las manos en su mandil. Era de constitución robusta, de manos gruesas, y de cabello largo y entrecano. Preguntó qué ocurría, cuál era la razón para tanto escándalo, y Humberto le respondió que Noelia se le había escapado mientras volvían de la clínica. La pobre se había bajado de pronto de la camioneta y había corrido hasta perderse como un perro asustado entre los espesos maizales. No era de creerse que una mujer como Noelia, que nunca había sido aficionada a la actividad física, fuera capaz de echarse a correr de esa manera tan enérgica y a esa velocidad tan sorprendente. ¿En dónde podría estar ahora?

—¡Virgen Santísima! —exclamó turbada la señora Berta, llevándose ambas manos a la boca—. Roguemos para que no le suceda nada malo.

—¿Estás segura de que no la viste entrar? ¿O no oíste que alguien abriera la puerta al menos? Debió haber regresado mientras que yo la buscaba...

—No, señor. Claro que no.

Desesperado, Humberto subió volando al segundo piso y, como un loco, se puso a abrir todas las puertas, buscando a Noelia, llamando a Noelia. Pero no la encontró en el baño, ni en la habitación que ambos compartían como esposos. Tampoco la encontró en la habitación para huéspedes (que no se había utilizado en muchos años), ni en el cuarto que Berta había designado para la muchacha que venía una vez al mes a pulir la platería y a desempolvar las arañas de los salones más antiguos.

Como última opción, se detuvo frente a la habitación de Rodrigo.

—Noelia, ¿estás ahí? Por favor, ábreme.

—¿Realmente es necesario? —preguntó Noelia—. Debemos evitar a toda costa el ruido. Recuerda que ya es de noche y el...

A manera de réplica, Humberto golpeó la puerta con su puño.

—¡Por supuesto que es necesario!

—Está bien... La puerta está abierta. Puedes entrar.

Humberto empujó la puerta con violencia, pero no se atrevió a avanzar y se quedó un momento observando a su esposa desde el umbral.

Ella alzó la vista, con una creciente aprensión. Estaba sentada al borde de la cama, con la mirada fija en el suelo desnudo y las manos inmóviles sobre el regazo. Las paredes que la rodeaban parecían pintadas de azul o celeste, y en cada una de las esquinas había una nube de tecnopor que colgaba de un cable desde el cielorraso. Sobre las repisas de madera, sobre la cómoda y sobre el escritorio, varios muñecos de plástico y un número incalculable de animales de felpa se alineaban en un orden perfecto, como las piezas de un tablero de ajedrez antes de empezar con la partida.

—Él está durmiendo —dijo Noelia en un murmullo—. Se acaba de acostar, estaba muy cansado por nadar tanto... Hay que tratar de no despertarlo.

Humberto se acercó y se inclinó un poco para abrazarla. Ella le acarició las orejas y la nuca. La fotografía de Rodrigo —un niño de dos o tres años, rubio y de ojos azules, que sostenía entre sus manos a un cachorro de ovejero— les sonreía desde la cómoda, desde su inalterable posición junto al árbol más frondoso del huerto.

—¿De quién estás hablando, Noelia? —preguntó Humberto, temeroso de que esa respuesta dejara en evidencia sus propias falencias y errores como marido—. ¿De quién estás hablando? No hay nadie más que nosotros en esta habitación.

—Estoy hablando de Rodrigo, por supuesto. ¿Es que acaso no lo puedes ver? Está acostado justo detrás de mí...

Casi como espantado por el recuerdo, Humberto se separó bruscamente de Noelia y salió al pasillo con una mano sobre la boca. Trató de recargarse de espaldas contra la pared, buscando alguna manera de contrarrestar el susto o el horror, pero la sensación de pánico le impidió mantenerse quieto y lo obligó a caminar de ida y de vuelta a través del

pasillo, por entre las puertas cerradas, con el insoportable rumor del silencio en sus oídos. Sintió el deseo imperioso de gritar.

—Perdone que me meta en lo que no me importa, señor —dijo Berta—. Pero creo que esto se está saliendo de control. Ella está empeorando cada vez más. Usted sabe que yo no entiendo de estas cosas, que soy una mujer sin educación, pero debería pensar en internarla en algún lugar donde la puedan cuidar.

\*

Era temprano aún, no pasaban de las siete. Berta y las muchachas se habían encargado de preparar el desayuno y de alistar las cuatro maletas que la señora Noelia necesitaría para su estancia temporal en la Clínica. Humberto había insistido en llamarla "estancia temporal", aunque en realidad no estaba seguro de cuánto tiempo duraría. El psiquiatra no había sido muy preciso al respecto, ni siquiera parecía haberse esforzado mucho por serlo, y se había limitado a explicarle que la enfermedad mental de su esposa estaba en un punto álgido, que había necesidad de intervenir. Los preparativos ya llevaban varios días en marcha, e incluían tantos detalles, tantos nombres de calles y de personas, que escribir una lista habría resultado una tarea muy engorrosa.

—Creo que extrañaré los huevos revueltos de Rosa —dijo Noelia, con una sonrisa sobre su rostro recién lavado y maquillado—. ¡Son tan desabridos!

En el enorme comedor de la casa, cada plato y cada copa llena de agua relucían de limpios. La mesa, las sillas y los aparadores encajaban dentro de un diseño bien pensado con antelación. Todo era perfecto y digno en exceso.

—Y también las torrijas de María...

—Yo sólo espero que puedas mejorar muy pronto —dijo Humberto, desde el otro extremo de la mesa—. Esta casa se sentirá muy vacía sin ti.

—Estarás bien sin mí, Humberto.

—Sólo es por un tiempo. El médico dijo que...

—Francamente, me importa un bledo lo que diga el hombre ése —replicó Noelia, poniéndose seria de pronto—. No confío en él.

—Es un especialista —dijo Humberto—. Él sabrá qué hacer. Tal vez exista más de un motivo para desconfiar de la ciencia, pero es todo lo que nos

queda.

Noelia dejó los cubiertos sobre el plato, se levantó de la silla. Llevaba encima una gabardina de color beige y una bufanda enredada al cuello.

Humberto la siguió a la sala, sin pronunciar palabra, pero comenzó a preocuparse cuando la vio subir por las escaleras. Hizo el intento de disuadirla, pero ella se cogió de la baranda de madera tallada y, desde un escalón allá en lo alto, sonrió con una mezcla de ternura y condescendencia. Su rostro pareció iluminarse por dentro, como si llevara una lámpara encendida en el interior de su cráneo.

—No voy a hacer una escena otra vez, si es eso lo que te preocupa —dijo, con toda la tranquilidad posible—. Quiero despedirme de la casa.

—Eso no es necesario, Noelia —dijo Humberto.

—Para mí sí lo es.

A Humberto no le quedó más remedio que acceder y que seguir a su esposa hasta ese pasillo en el segundo piso que se alargaba entre varias puertas cerradas. A esa hora, ni siquiera el ruido del viento entre las hojas de los árboles se atrevía a interrumpir ese silencio triste que persistía desde la madrugada.

—Siempre he amado vivir en este lugar —dijo Noelia.

—Yo siempre pensé lo contrario —dijo Humberto.

—Ya sabes que a veces digo cosas sin pensar, Humberto —replicó ella, colocando una mano encima del picaporte de la puerta de la habitación de Rodrigo.

—No lo hagas, por favor —le suplicó Humberto.

Aun así, ella empujó la puerta hasta azotarla contra la pared. Se llevó las manos a la boca, horrorizada. Nunca habría podido imaginar algo así.

—Le pedí a Berta y a las muchachas que lo hicieran. Yo sé que te duele, pero es lo mejor. No era sano tener las cosas de Rodrigo, nunca debí permitirlo.

Noelia caminó hacia el centro de la habitación, observando las paredes desnudas, las ventanas llenas de polvo y de telarañas, y las pequeñas grietas que se habían abierto de una esquina a otra en el cielorraso.

—Una habitación vacía —murmuró Noelia—. En ese rincón de allí Rodrigo

jugaba con sus cubos mágicos, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo, Noelia. Pero...

—Y allí, en esa pared de allí yo empecé a marcar la estatura de Rodrigo. Utilizaba un rotulador rojo, pero ya ni siquiera se notan las marcas...

Humberto se llevó una mano a la frente, en señal de preocupación o abatimiento, y lo pensó mucho antes de dar unos pasos hacia el centro de la habitación. Sintió cómo las suelas de sus zapatos resbalaban contra el suelo recién lavado y encerado. Todo ese silencio que se percibía entre esas paredes, mezclado con ecos de tristeza y de lamento, siempre había tenido para él un efecto perturbador.

—Noelia, por favor, no volvamos a lo mismo —protestó—. El médico dice que eso no te hace bien, y yo estoy de acuerdo con él.

—No creo que tenga nada de malo recordar. Los recuerdos nos hacen ser quienes somos. Sin memoria no somos nada.

—¿Estás segura de que sólo es eso? ¿Estás segura de que no lo estás viendo ahora, aquí mismo, dentro de esta habitación?

Noelia ignoró ambas preguntas, emitió un largo suspiro lleno de resignación, y se acercó a la ventana, que estaba cerrada con un pestillo metálico. Desde allí, a través del vidrio y por entre el follaje de algunos árboles, se alcanzaba a ver con claridad la antigua piscina de la casa, ahora convertida en un agujero en el pasto donde se amontonaba una gran cantidad de desmonte, de metales oxidados y de basura.

—Sólo es eso, Humberto —dijo Noelia, tratando de no pensar en todos esos malos recuerdos que revoloteaban alrededor de su mente.

Humberto se había pasado los últimos días tratando de convencerla, a toda costa, de que Rodrigo había muerto a los tres años: aprovechando un lamentable descuido de la mujer que lo cuidaba, se había aproximado demasiado al borde de la piscina, se había resbalado y se había ahogado antes de que alguien pudiera rescatarlo.

Ella recordaba breves fragmentos de aquel incidente. Recordaba haber advertido la ausencia de Rodrigo dentro de la casa y haberlo buscado en todas las habitaciones y en todos los salones polvorientos. También recordaba sus propios gritos al encontrarse con la horrenda imagen del niño flotando bocabajo dentro del agua turbia de la piscina, con varias hojas secas y amarillas flotando alrededor.

—¿Y ahora en qué piensas? —le preguntó Humberto.

Noelia se volteó hacia él, sonriendo con melancolía. Su rostro, de pómulos altos y nariz respingada, seguía siendo el rostro de una mujer bella y joven.

—Pienso en ese día, cuando estábamos volviendo a casa en la camioneta. Cuando se me ocurrió bajarme de la camioneta y volver a casa a pie.

—Fuiste muy irresponsable.

—Lo sé. Sé que hice que te preocuparas, pero no me arrepiento de haberlo hecho. En realidad, lo volvería a hacer si tuviera la oportunidad.

—No deberías decir esas cosas, Noelia.

—Es lo que siento.

Con las manos en los bolsillos de su pantalón, Humberto bajó la vista hasta el suelo y comenzó a dar algunos pasos en derredor de esa pequeña, casi imperceptible, cavidad en el suelo. Recordó que Rodrigo utilizaba esa cavidad para dejar a buen resguardo sus canicas y para que no se le escaparan por toda la habitación.

—Yo no podría soportar que te ocurriera algo malo —dijo, trazando con su índice derecho una especie de círculo alrededor de la cavidad.

Noelia le quitó el pestillo a la ventana y la abrió de par en par. El aire frío e intenso que soplaba a esa hora le dio de lleno en el rostro.

—Hay algo que aún no te he dicho sobre ese día —dijo, contemplando ese paisaje que se extendía en la distancia y que se confundía con el cielo.

—¿De qué estás hablando?

—Yo misma no estoy segura de nada, pero lo recuerdo con nitidez, como si fuera algo que hubiera vivido muchas veces sin darme cuenta.

—No entiendo —dijo Humberto.

—Había una fiesta en el jardín —dijo Noelia—. Ya sé que es imposible, pero yo fui testigo de todo. Había mucha gente, mucho ruido. Había gente conversando y pasándolo bien. Tú también estabas allí, Humberto, confundido entre los invitados y amigos, pero parecías más joven y menos triste, mucho menos frustrado. Cuando entré al jardín te vi, estabas muy entretenido conversando con un vecino, y tal vez por eso no te diste cuenta cuando pasé caminando a tu costado. Me dirigí hacia la piscina, sin comprender qué era lo que me atraía. Me detuve en el borde mojado, y vi

que había alguien dentro del agua nadando a brazadas. Yo sabía que se trataba de Rodrigo. ¡De algún modo yo lo sabía! De un momento al otro, él emergió del agua celeste como un magnífico dios de los océanos, y me sonrió con todos sus dientes. No tendría ni veinte años. ¡Y se veía tan guapo! Bajo la luz dorada de la tarde, su cuerpo parecía mucho más largo y esbelto de lo que yo creía recordar. Me incliné para verlo de más cerca. Él se apoyó con ambos brazos en el borde de la piscina y se fijó con curiosidad en mis pies descalzos y maltrechos. Me preguntó si me había ocurrido algún accidente en el trayecto hasta la casa. Dije que no agitando la cabeza de un lado a otro. Sentí entonces el imperioso deseo de alargar uno de mis brazos para acariciar a mi hijo, pero recordé que él aborrecía las manifestaciones de afecto en público y que me había prohibido avergonzarlo en público.

»—¿Te sucede algo, mamá? —me preguntó Rodrigo. Su voz era firme y algo ronca, como la de un hombre hecho y derecho.

» Hice lo posible por tranquilizarme. Traté de volver a respirar.

Humberto la abrazó por la espalda.

Ella no intentó esquivar ese inocente gesto de cariño. Él la rodeó con sus brazos y acercó su boca a la nuca de ella. Aspiró ese aroma tan familiar.

—¿Tú crees, Humberto, que existan otras realidades? ¿Dimensiones distintas a la nuestra? ¿Otros planos de la realidad donde existimos de una manera muy distinta? Vas a pensar que estoy alucinando o que estoy irremediablemente loca, pero pienso que ese día me perdí en una de estas dimensiones. De alguna manera, en ese lugar, la vida se fue construyendo en base a otras circunstancias y a otros acontecimientos. Rodrigo nunca murió, nunca se ahogó en la piscina por un descuido de su nana, y eso cambió todo para nosotros dos y para las personas que nos rodean. ¡Todo! ¡Absolutamente todo! ¿Logras comprenderlo, Humberto? ¿Puedes creer que exista algo como eso? ¿Una realidad en la que Rodrigo tuvo al menos la oportunidad de crecer y de sentir como sentiría un adulto? Te juro que nunca busqué tener estas revelaciones, simplemente llegaron a mí. Tal vez esto no sea obra de Dios, no sé, pero te juro que no me importa. He pasado tanto tiempo deseándolo, deseándolo con todas mis fuerzas, que ya no me importa en lo más mínimo. Vendería mi alma al diablo con tal de que fuera cierto.

—Nada de eso es de verdad, Noelia —dijo Humberto, con la voz entrecortada—. Son cosas que están en tu mente. El médico nos lo explicó, ¿no lo recuerdas?

—La pregunta de Rodrigo tal vez hizo que otros recuerdos comenzaran a invadir mi mente y a propagarse —dijo Noelia—. Casi sin advertirlo, me transformé en esa otra versión de mí misma, en aquella mujer saludable

que pasaba sus ratos libres cocinando, leyendo o sembrando flores en el jardín. Recordé que Rodrigo había tenido una novia a principios de aquel año. Él nunca me lo dijo, pero yo pude adivinarlo por sus frecuentes escapadas de noche y por su evidente nerviosismo cada vez que alguien la mencionaba. Cuando la muchacha se mudó a otro pueblo, yo misma tuve que consolar a Rodrigo. Lo encontré llorando en su habitación, con la cabeza metida entre dos almohadas y con un pañuelo dentro de la boca. Besé su frente y enjuagué sus lágrimas. Le expliqué que nada es para siempre, ni siquiera el amor lo es. En realidad, nada es más efímero que el amor. Le dije: "Hasta los seres humanos morimos. Todos moriremos en algún momento, tarde o temprano, y no hay nada que podamos hacer al respecto".

»—Mamá, te estoy preguntando qué ocurre —insistió Rodrigo, con medio cuerpo sumergido dentro del agua brillante de la piscina.

»—Nada, hijo —respondí—. Nada.

\*

Humberto salió a la terraza a respirar aire puro. A esa hora de la mañana el cielo era un enorme agujero azul, lleno de silencio y de tranquilidad. Las nubes se arremolinaban en torno a los pájaros, como delicadas jaulas de humo. Nunca se había sentido tan bien, al menos no últimamente. La cabeza no le dolía, y podía respirar con bastante fluidez. Por primera vez, desde que podía recordar, tenía ganas de hacer muchas cosas distintas al mismo tiempo. Se quitó la camiseta de un tirón y, con el torso desnudo, comenzó a hacer sentadillas. Hacer ejercicio no era algo que disfrutase, por supuesto que no, pero de vez en cuando sentía la necesidad de moverse y de no pensar. Observó desde allí cómo los gallinazos planeaban sobre los maizales y cómo el anciano lechero se montaba sobre su bicicleta para repartir su enorme cargamento de botellas.

—Me alegra que hayas decidido ejercitarte —dijo Rodrigo de pronto, apareciendo junto a su padre—. El doctor Paredes dijo que es un buen síntoma.

A Humberto le sorprendía que Rodrigo tuviera ya veinte años y que se asemejaran tanto físicamente (la misma quijada cuadrada y los mismos hombros anchos), como si fuera hijo suyo y de nadie más, como si no hubiera una madre de por medio.

—El doctor Paredes no sabe nada —replicó Humberto.

—Sabe más que tú, al menos.



—Nadie puede saber más de mí que yo mismo.

Rodrigo se acodó melancólicamente sobre la baranda, observando el paisaje que se extendía como una ensoñación ante sus ojos: manchas verdes y doradas, salpicadas de humedad, que se mezclaban hasta producir un único color. Esa imagen en particular era la misma que lo acompañaba desde la niñez. Extrañaría todo esto. Había ingresado a la Facultad de Medicina. Dentro de unas semanas, abandonaría el pueblo y comenzaría una nueva vida lejos de aquí, lejos de esta casa y lejos de los recuerdos.

—Tal vez en eso tengas razón, papá —dijo—. Pero de todos modos me alegra que estés mejor. Así estaré más tranquilo cuando me vaya.

—Anoche soñé con tu madre —dijo Humberto, sin detener por un solo instante el ritmo pausado de sus sentadillas—. Ya sé lo que opina el doctor al respecto, pero te juro que fue un sueño muy vívido. Era casi como estar viviendo...

—Papá, por favor —lo interrumpió Rodrigo—. Mamá murió hace ocho años, no es saludable que sigas pensando en ella todo el tiempo.

—Pero no me interrumpas, déjame terminar. Soñé con tu madre, sí. La vi dentro de nuestra habitación, estaba vestida de blanco y me observaba desde la ventana. Yo no pude verla al principio, pero escuché su voz. Poco a poco su imagen fue haciéndose más y más nítida, hasta materializarse frente a mí. Era ella, tal y como yo la recordaba. Muy hermosa, con unos grandes ojos verdes. Me sonrió. Traté de acercarme a ella, pero no pude moverme. Lo intenté varias veces, hasta que por fin lo conseguí. Ella me abrazó y me dijo que estaba muy contenta por ti. Acaricié su cabello y besé sus mejillas. Le rogué que no se fuera. Le dije que me sentía muy solo sin ella. Pero ella desapareció otra vez, se hizo humo entre mis brazos y no pude verla más.